

CONSTRUIR LA CONVIVENCIA
EL NUEVO ORDEN MUNDIAL Y LAS RELIGIONES

M. Dolors Oller i Sala

EL SURGIMIENTO DE UN NUEVO IMAGINARIO DE LA SOCIEDAD Y DEL MUNDO	5
1. EL MUNDO QUE HEMOS CONSTRUIDO: UN MUNDO DESIGUAL, VIOLENTO Y NO SOSTENIBLE	7
2. REPENSAR EL MUNDO O LA CONSTRUCCIÓN DE LA CASA COMÚN	13
3. LA APORTACIÓN DE LAS TRADICIONES RELIGIOSAS	17

M. Dolors Oller i Sala es doctora en Derecho por la Universitat de Barcelona, profesora de Moral Social en el Institut de Ciències Religioses de Barcelona (ISCREB) y profesora colaboradora en el Departamento de Ciencias Sociales de ESADE (URL).

INTERNET: www.fespinal.com • Dibujo de la portada: Roger Torres • Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA • R. de Llúria, 13 - 08010 Barcelona • tel: 93 317 23 38 • fax: 93 317 10 94 • info@fespinal.com • Imprime: Edicions Rondas S.L. • ISSN: 0214-6509 • Depósito legal: B-7490-07 • ISBN: 84-9730-202-8 • Depósito legal: B-40101-08. Octubre 2008.

La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos proceden de nuestro archivo histórico perteneciente a nuestro fichero de nombre BDGACIJ inscrito con el código 2061280639. Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición pueden dirigirse a la calle Roger de Llúria, 13 de Barcelona.

Este Cuaderno tiene su origen en la conferencia que tuvo lugar el 12 de marzo de 2007 en Girona, en el marco del curso “Creencias y Sociedad”, organizado por la Fundación Caixa Girona y el Obispado de Girona en el Centre Cultural de Caixa Girona-Fontana d’Or.

Por esta razón, el Cuaderno no incluye los acontecimientos de las últimas semanas, y en especial la crisis financiera mundial de septiembre de 2008. No obstante, consideramos que mucho de lo que en el Cuaderno se expone no solamente sigue siendo válido, sino más válido aún después de estos acontecimientos que han conmocionado el panorama internacional.

Cristianisme i Justícia
Octubre 2008

EL SURGIMIENTO DE UN NUEVO IMAGINARIO DE LA SOCIEDAD Y DEL MUNDO

Vivimos, sin duda, en una época de cambio histórico, inmersos en el llamado proceso de globalización. La Tercera Revolución Industrial ha provocado una redefinición en las relaciones de producción, de poder, de experiencia en las sociedades, y ha afectado, de manera muy profunda, a nuestra manera de vivir. Los avances científicos y técnicos, especialmente en el terreno de la automoción, de la información y de la comunicación, con sus consecuencias sobre los sistemas de producción, ocupación, mercado de trabajo y de la competencia internacional, han hecho surgir un nuevo escenario social. Hoy se habla de un trabajo en red y de una nueva economía.

De hecho, todo este proceso es también profundamente excluyente y causa de muchas víctimas. Además, está haciendo surgir un nuevo imaginario de la sociedad y del mundo, un nuevo escenario articulado en torno a cinco ideas motriz¹:

1. Primacía del individuo contemplado en su vertiente de consumidor y productor en constante innovación. Un individuo que usa una lógica utilitarista, imbuída de razón instrumental, para interactuar libremente con los otros a

fin de maximizar su utilidad individual, y establecer las reglas de comportamiento.

2. El mercado es el modelo que permite la optimización de las transacciones. Este mecanismo se impone sobre el de las cooperativas, el de las mutualidades, o el del propio estado. Así, podemos hablar de economía de mercado, pero también de sociedad de mercado, considerándola como la forma natural de organización y regulación ciudadana.

3. Es el mercado el que realiza la verdadera justicia social, mediante la

equidad. La sociedad de mercado es considerada justa cuando permite que cualquier individuo entre en competencia, dándole la posibilidad de asegurarse su bienestar mediante sus iniciativas y su creatividad. En virtud del principio de equidad, un estado es justo si lleva a cabo una política de acceso a la educación para todos, sirviendo cada vez más el sistema educativo para la selección social.

4. La empresa privada es la organización que, en la sociedad de mercado, garantiza mejor la coordinación de las transacciones en la competencia y permite la distribución más justa de costes y beneficios en el mercado mundial. Éstas son, por otra parte, las organizaciones que han sacado más provecho de las nuevas tecnologías, transformándose en empresas-red que funcionan sobre estructuras cada vez más horizontales y descentralizadas, responsabilizando a cada miembro de la organización y atentas a los intereses de todas las partes.

5. El capital está en el origen del valor; es la medida de cualquier bien o servicio, tanto material como inmaterial, incluida la persona humana: reducida a la calidad de “recurso humano”. El individuo ya no tiene valor si deja de ser rentable, especialmente para el capital financiero.

Éstos son los cinco grandes ejes motrices de la nueva narración societaria en el marco de la globalización. Ahora bien, hay que tener en cuenta que los procesos económicos de nuestra sociedad, generados por la globalización, nos afectan incluso en nuestras convicciones más íntimas, ya que «la manera como vivimos depende en gran parte de los modelos económicos vigentes» y «nuestra manera de vivir afecta a nuestra manera de pensar y de sentir»². Este proceso supone el triunfo de la economía de mercado y sus leyes sobre la política y su lógica del bien común.

1. EL MUNDO QUE HEMOS CONSTRUIDO: UN MUNDO DESIGUAL, VIOLENTO Y NO SOSTENIBLE

El mundo de la globalización es un mosaico de redes. Los flujos que emanan de ellas transportan informaciones y mercancías, ignoran las fronteras haciendo entrar en crisis el principio de territorialidad y, con él, el de soberanía. La lógica de la red –que se proyecta en áreas– domina la lógica del territorio: los estados ven desplazado su protagonismo, tienen que compartir su poder y su capacidad de decisión con otros actores que utilizan lógicas transnacionales. Aparece, así, un marco de resolución de diferencias políticas, donde el bien común se escapa cada vez más de la jurisdicción interna del Estado, planteando retos de gobernabilidad a nivel planetario.

El Estado-nación ha quedado desbordado, ya que cada vez surgen más problemas de dimensión transnacional que reclaman también soluciones con esta lógica transversal, que va más allá de la lógica interestatal. Por ejemplo, el cambio climático, las emigraciones que son consecuencia de la mala distribución de la riqueza mundial, el terrorismo global, los problemas de mercado que sobrepasan la dimensión del Estado-nación, etc. Para dar respuesta a esta situación, han ido surgiendo un gran número de organizaciones transnacionales de diversa índole, y éstas han hecho aparecer nue-

vas estructuras transnacionales en el ámbito de la economía, la producción, el trabajo, y también en el ámbito de diferentes movimientos de defensa de los Derechos Humanos, de lucha en favor del medio ambiente o en favor del feminismo, movimientos pacifistas, etc. Todas estas nuevas organizaciones, tan heterogéneas, no sólo se configuran al margen de los estados, sino que se caracterizan también por su voluntad de llevar su actividad más allá del ámbito territorial estatal, haciendo emerger una nueva política, que algunos llaman subpolítica transnacional y policéntrica que

rompe con el monocentrismo político del tradicional orden estatal³.

Todo esto ha generado expectativas de profundización democrática –si pensamos en una Sociedad Civil mundial, de carácter transnacional⁴–, pero también ha transformado las democracias en una especie de poliarquías: a menudo no sabemos a quien podemos exigir responsabilidades ni como ejercer un control efectivo del mismo poder. Las estructuras estatales democráticas tradicionales no son las idóneas para controlar poderes que ahora son transnacionales.

Si contemplamos el mundo en su globalidad, nos llama la atención la falta de cambios, realmente importantes, capaces de hacerlo más humano, más justo. Así, el gran problema de nuestro mundo continúa siendo la desigualdad. La globalización que estamos viviendo es profundamente selectiva: mientras unos privilegiados se ven claramente beneficiados, las tres cuartas partes de la humanidad se sienten afectadas y son víctimas de las inexorables leyes del mercado. Por consiguiente, el crecimiento económico está perpetuando las desigualdades, que se han mantenido tanto entre los países como dentro de las economías nacionales⁵. Las diferencias entre los estados son notorias en lo que concierne al acceso a la salud, a la educación y a las oportunidades de participación social, política y económica⁶. Dicho de otro modo, el mundo se está globalizando al ritmo y a la manera deseada por los grandes poderes económicos.

El modelo neoliberal de la globalización lo deja todo en manos de la dinámica del mercado y genera un proceso

insostenible que no garantiza a todo el mundo los mínimos para vivir con dignidad. El resultado es una situación de desorden social global, que compromete la paz y la estabilidad mundial. En este sentido, no podemos olvidar que la paz está siempre vinculada a la garantía de necesidades y condiciones mínimas de vida, o sea, a unos derechos sociales mínimos como el derecho a la educación, el derecho a la salud, el derecho al trabajo y a una vivienda digna, etc. Así, podemos hablar de una paz positiva, más allá de la simple ausencia de la lucha armada.

Por una parte, el desarrollo de nuevas formas de organización política ha provocado la aparición de un mundo multilateralizado, pero por otra parte vivimos momentos de un gran “desorden” en el escenario internacional y de un escoramiento hacia el unilateralismo de una potencia hegemónica, los EEUU. Vamos peligrosamente hacia un sistema unipolar, de *pax americana*, basado en estrategias de unilateralismo y ataque preventivo para frenar el eje del mal, mostrar la supremacía técnica y militar, asegurar la invulnerabilidad y la seguridad energética con el control de las regiones clave (Golfo Pérsico, Mar Caspio). Y todo ello, para combatir el terrorismo global que pone en riesgo la seguridad. Esta tendencia imperial –ya lo hemos apuntado– contrasta con el panorama, antes descrito, de difuminación del poder y de emergencia de una pluralidad de formas de poder que hacen pensar en un multilateralismo.

La situación que vive hoy la humanidad es fruto de un gran número de injusticias y “perversiones”.

1.1. La perversión de la democracia y de la política

El Estado Democrático de Derecho se ha visto progresivamente reemplazado por un Estado de Derecho Privado, reducido a un código de reglas que se legitiman por su buen funcionamiento. Se impone, así, la racionalidad instrumental y la política se convierte en gerencial: en las democracias actuales, los valores del mercado adquieren un claro predominio con sus leyes, que han acontecido prácticamente como único referente, ya que el modelo de conducta es el de las estrategias empresariales que se mueven por el beneficio, dejando de lado otros valores indispensables para la convivencia, como la gratuidad o el bien común. De este modo, las exigencias de la competitividad se imponen a personas y territorios⁷.

El proceso de globalización es marcadamente asimétrico en otro punto: se ha producido una fuerte globalización económica y, en cambio, una tímida globalización política. Esto genera un desequilibrio que provoca que las leyes de la economía y del mercado pasen por delante de las regulaciones de los estados y no encuentren obstáculos en regulaciones internacionales, prácticamente inexistentes. Se ha roto el equilibrio entre estado democrático y mercado capitalista: hoy ya no es el estado el que marca los límites a los mercados, sino que es el mercado global el que marca los límites a la actuación del estado. El FMI, el BM, las Organizaciones de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), la OMC elaboran los marcos políticos (el ajuste estructural) que después los gobiernos locales tienen que

imponer a sus respectivas sociedades, pervirtiéndose, así, el sentido de la democracia.

1.2. Las injusticias de los mercados financieros

Uno de las principales características del capitalismo global es la libre circulación de capitales, que es especulativa, inestable y generadora de crisis desastrosas para los países pobres. Los mercados financieros están dominados por los grandes capitales financieros, la gran banca, los grandes fondos de inversión. Trabajan por sus intereses, buscando maximizar su rentabilidad, sin tener en cuenta las verdaderas necesidades de los países en vías de desarrollo, que tienen una economía que depende de alguno de estos mercados⁸.

1.3. Unas relaciones económicas internacionales injustas

El libre comercio, pilar fundamental de la globalización, no es una realidad para todos: aunque los países en vías de desarrollo hayan abierto sus economías a los productos, tecnologías y capitales de los países desarrollados; estos últimos actúan de forma proteccionista. El Norte ha liberalizado todos los sectores que le convienen en el marco de la OMC, pero no los sectores que convienen a los países en vías de desarrollo, como por ejemplo el sector de la agricultura. Por ello, el comercio, en la era de la globalización, es fuente de riqueza pero al mismo tiempo excluye a millones de seres humanos que no pueden competir en el mercado en condiciones

equitativas. A lo cual hay que añadir que el marcado acento neoliberal de instituciones como el BM, el FMI y la OMC ha roto con sus orígenes, que fueron keynesianos. Por ello estas instituciones son percibidas como los brazos ejecutores de las políticas de los países ricos y de los intereses de las grandes transnacionales⁹.

1.4. El deterioro del medio ambiente y la generación de la injusticia ecológica mundial

La globalización neoliberal actual está haciendo más profundas las agresiones al medio ambiente. Los diversos agentes económicos poco han tenido en cuenta las consecuencias ecológicas de la producción y el consumo. Muchos países ricos consumen como si no hubiese un mañana. Desgraciadamente, el pobre también sigue esta línea peligrosa, ya que reivindica y asume nuestro modelo económico y nuestras pautas de consumo.

La geografía del daño ambiental indica que los países ricos contribuyen más al deterioro del medio ambiente, pero son los países pobres quienes sufren más pérdidas de vidas y los riesgos de salud derivados de este deterioro. El daño medioambiental y la preocupante disminución de la biodiversidad no sólo amenazan la capacidad de vida y de alimentación de los habitantes del planeta, sino que también hipotecan la vida de generaciones futuras. Por ello, los Movimientos Sociales Ecologistas relacionan la protección de la vida y la sostenibilidad del desarrollo con el tema de la justicia y hablan, así, de justicia me-

dioambiental¹⁰. Afirman que los diversos imperialismos y colonialismos han generado una enorme deuda histórica por el saqueo y expolio de los países del Sur, decisivos para el proceso de acumulación y enriquecimiento de diversos países del Norte. Esta deuda se conoce como Deuda Ecológica¹¹.

1.5. La injusticia en el trato de las diferentes culturas

Resulta simplista la identificación unilateral entre globalización y homogeneización cultural. Más bien la globalización se identifica con un proceso heterogéneo y multidireccional donde se hallan nexos entre lo global y lo local. Por lo tanto, el proceso no suprime las identidades; las reubica. Ahora bien, la amenaza para las identidades culturales no hegemónicas proviene de la inexorable introducción de la lógica del mercado mundial, también en la cultura. Hecho particularmente grave para las identidades culturales sin capacidad política para intervenir en el proceso. El peligro está en que entonces aparezcan identidades reactivas que de forma incluso violenta se resistan a la uniformidad cultural, proclamando su singularidad. Es en este sentido que podemos hacer una lectura de los fundamentalismos como tradiciones acorraladas.

Lo que se pone en juego es la suficiencia y la idoneidad de los mecanismos de democracia liberal para hacer frente al reto de sociedades cada vez más multiculturales, en gran parte a través de los flujos migratorios¹². Debemos recordar que el reconocimiento de las identidades es en primer lugar, y como

condición *sine qua non*, un problema de justicia entre grupos, de igualdad en el acceso al poder, en la toma de decisiones y en la distribución de resultados y riqueza. El multiculturalismo plantea, pues, problemas de acceso y participación política, económica y cultural de los diferentes grupos sociales y, en particular, de aquéllos que no consiguen igual integración en la distribución del poder y de la riqueza, debido a su diferencia cultural, real o presunta.

1.6. Un desgobierno global

Son numerosos los ámbitos en los cuales el estado va cediendo posiciones en favor de los nuevos actores de la globalización. Todos ellos son ámbitos que exigen la adopción de medidas que superen el ámbito territorial estricto de los diversos estados, y que demandan acciones concertadas de carácter transnacional. El Estado-nación tradicional se ha hecho, como afirmó hace ya unos años D. Bell: «demasiado pequeño para los problemas grandes y demasiado grande para los problemas pequeños».

–El Estado no puede determinar libremente en el campo económico –y de rebote en el campo social– ya que su futuro se encuentra influido por la dinámica impuesta por la economía mundial

que tienen en instituciones como el BM, el FMI, la OMC, etc.

–Con la introducción de las nuevas tecnologías, el poder estatal también se muestra incapaz de controlar los medios de información y comunicación de los que depende la opinión pública.

–Los estados tienen dificultades para afrontar realidades desterritorializadas que sobrepasan sus límites, como la criminalidad organizada, la seguridad mundial o los problemas relacionados con la ecología y el medio ambiente.

–Bajo el punto de vista jurídico internacional cobra enteros el concepto de ingerencia humanitaria de estados o grupos de estados dentro del ámbito territorial de otros para preservar los Derechos Humanos. Debe mencionarse también la creación de un Tribunal o Corte Penal Internacional para juzgar crímenes contra la humanidad, que abre la puerta a la extraterritorialidad de ciertos delitos.

En la sociedad red, los estados forman parte de un sistema más complejo en el cual conviven con organizaciones interestatales e internacionales. Esta diversificación del poder no ha hecho sino dificultar la exigencia de responsabilidades y de control efectivo del mismo poder. Ante este desgobierno global, nos urge buscar formas de gobernar esta complejidad.

2. REPENSAR EL MUNDO O LA CONSTRUCCIÓN DE LA CASA COMÚN

Sin duda vivimos un momento de crisis, un momento idóneo para preguntarse qué tipo de sociedad y de mundo queremos construir. Momento, en definitiva, en el cual se nos exige la lucidez necesaria para saber percibir las posibilidades emergentes que podemos encontrar en la realidad presente. Las crisis son, pues, un toque de atención para cambiar de rumbo y edificar un mundo sobre otras bases.

El proceso de globalización actual no ha hecho otra cosa que poner en evidencia de una forma nítida que todos estamos situados dentro de una red de relaciones y que no hay una pieza clave que haga funcionar el sistema, sino muchas piezas que tienen que ser consideradas de forma complementaria y simultánea. Eso quiere decir que tenemos que evitar caer en la tentación de buscar soluciones fáciles, simplificadoras de los problemas y retos que tenemos. Por ello la necesidad de buscar un nuevo paradigma para comprender la realidad, una racionalidad diferente, trenzada por las iniciativas, la cooperación, el sentido de la responsabilidad, la capacidad de relacionar unas cosas y fenómenos

con los otros y sobre todo la capacidad de saber descubrir en todo momento la emergencia de lo que es nuevo y, a la vez, plausible. Es el momento de ser lúcidos y creativamente atrevidos.

2.1. Edificar el mundo sobre otras bases

Deberían ponerse en marcha cuatro nuevos contratos sociales¹³, pilares de una nueva concepción del gobierno de la globalización desde una perspectiva democrática. Estos cuatro contratos sociales son: un contrato social para erradicar la pobreza; un contrato natural para conservar el medio ambiente; un contrato cultural para conseguir una

educación para todo el mundo a lo largo de toda la vida; y un contrato ético que vuelva a dar sentido y perspectiva a la aventura humana.

Para que pueda tener éxito esta empresa de erradicar la pobreza severa, conservar el medio ambiente y hacer llegar la educación a todo el mundo, es especialmente importante articular una nueva arquitectura planetaria que sirva para gobernar con justicia la globalización. Debemos apostar por un sistema internacional consensuado, alejado de todo unilateralismo, con redes de tratamiento de las grandes cuestiones mundiales.

Pero no basta con la creación de instituciones y normas: adquiere vital importancia el ámbito de los valores. Es preciso tener presente que la ética proporciona referentes, sentido, y que también se muestra del todo necesaria para abordar el reto de repensar los modelos políticos, económicos y sociales que tenemos.

Si las patologías que hemos detectado en nuestro mundo hacen referencia a la desigualdad, al daño medioambiental y a la violencia, si queremos sobrevivir debemos trabajar para encontrar los antídotos. Y estos antídotos se nos muestran con una claridad meridiana: la justicia, un desarrollo realmente sostenible, una cultura de la paz que ayude a gestionar y solucionar los conflictos.

2.1.1. Hacia una nueva concepción de la justicia

Hemos de tener una visión más amplia de la justicia, que presuponga evidentemente la justicia distributiva y también la conmutativa, pero que vaya más allá.

Una justicia que manifieste una actitud global del ser humano en su relación consigo mismo, con los otros –tanto personas como pueblos–, con la naturaleza y, si es creyente, con Dios. Una justicia que fecunde una libertad concebida como “libertad para”, no sólo como “libertad de”, porque si sólo se da la segunda, la libertad personal acaba en desamor y en injusticia y, por ello, una libertad que sólo puede tener realización plena en su dimensión social¹⁴.

2.1.2. Hacia una nueva concepción del desarrollo

Cuando el desarrollo sólo se define en términos de crecimiento económico genera una insana dependencia destructiva en el aprovechamiento de recursos naturales, que los países política y económicamente poderosos llevan a cabo en los países pobres. Por ello, tenemos que pasar:

– Del bienestar a la justicia. El trabajo para una sociedad y un mundo más humanos tendría que poner el acento más en la equidad y la justicia que en el bienestar o incluso que en la calidad de vida. Es necesario que la lógica económica se ponga al servicio del hombre y de sus necesidades reales, posibilitándole ser en relación con los otros. Ha llegado la hora de apostar por vivir una “solidaridad ascendente”, llamada también “solidaridad para el reconocimiento”, que no consiste en repartir entre “los menos iguales” el excedente de los “más iguales”, sino en organizarlo todo desde los derechos y las necesidades de los menos iguales, de los más débiles.

– De la dependencia de unas zonas del planeta a la verdadera interdependencia. Si desde tiempos remotos siempre hemos funcionado de manera fragmentada, centrados en intereses y prácticas individuales o practicando el etnocentrismo, ya va siendo hora de profundizar el encuentro entre continentes, culturas, religiones, y así aprender unos de los otros. Tenemos la necesidad de introducir la redistribución, no ya de renta, sino de investigación de la complementariedad de esfuerzos para hacer del mundo el hogar de todos, una casa común.

– Del consumismo incontrolado y depredador a una ética de lo que es suficiente o de la moderación. Nuestras sociedades están sumidas en la cultura del individualismo posesivo y de un consumismo potenciado por los reclamos publicitarios. Se impone, pues, una moderación en el consumo. Conviene recordar las palabras proféticas de Gandhi: «Tenemos que aprender a vivir más sencillamente, para que los otros sencillamente puedan vivir». He aquí el gran reto para el siglo XXI, «la civilización no consiste en multiplicar hasta el infinito las necesidades humanas, sino en limitarlas deliberadamente a aquello esencial».

– De la indiferencia ecológica a la justicia ecológica. No se puede repensar el combate contra la desigualdad al margen del impacto que puede tener en los equilibrios ecológicos: la justicia ecológica implica una relación adecuada con el medio ambiente, y ésta no se puede dar en un mundo injusto. Es urgente promover una ética de lo suficiente que ayude a sentirse satisfechos con menos,

así como avanzar hacia una cultura de la moderación y del límite.

2.1.3. Hacia una justicia cultural global y de diálogo de civilizaciones

Nos es cada vez más necesario saber encontrar el difícil equilibrio entre democracia e identidad cultural, Derechos Humanos y el derecho a la diversidad cultural, visto como riqueza a compartir. Y también impulsar un diálogo de civilizaciones con carácter de igualdad, en el seno del cual debería tener un protagonismo importante el diálogo interreligioso. Sólo así podrá salvaguardarse realmente la diversidad cultural. Y al mismo tiempo esto ayudará a vivir con densidad ética y a impulsar una cultura de la solidaridad que vincule nuestra vida a la de los otros.

2.1.4. De la cultura de la violencia hacia la cultura de la paz como base de una convivencia justa y humana

Las estrategias de prevención de conflictos tendrían que ocupar un lugar central en el quehacer de organizaciones como la ONU, estrategias que también deberían estar presentes cada vez más en la política y las relaciones entre los diferentes estados. Del mismo modo, deberían invertirse esfuerzos en la construcción de una paz positiva, más allá de la ausencia de conflictos armados, garante de unos mínimos existenciales para todos y del respeto a los Derechos Humanos, con lo cual el mundo ganaría en seguridad. La no violencia es el verdadero fundamento de la vida comunitaria y el medio más adecuado para la resolución de los conflictos.

2.2. Un nuevo orden internacional alternativo al actual

Transitar por los caminos anteriores da lugar y exige un orden internacional muy diferente al que peligrosamente se ha ido diseñando a partir del derrumbe del mundo bipolar, fruto de la Guerra Fría.

Este nuevo orden mundial debería tener las características siguientes:

– Un orden mundial que fomente la paz y, por lo tanto, un orden necesitado de unas sociedades que apoyen el fomento de la paz y de la resolución pacífica de los conflictos.

– Un orden mundial ecológico, y por ello necesita de seres humanos sensibles ante las necesidades de los otros, de la naturaleza y de todo ser vivo.

– Un orden mundial que tenga más de verdadera *comunidad mundial* que de *sociedad internacional*, para que se consiga fijar un núcleo de normas básicas aceptadas por todos los actores de la escena internacional, encaminadas a que todos los seres humanos gocen de los mismos derechos fundamentales y de unas condiciones de vida dignas.

– Un orden mundial plural que reconozca no sólo el pluralismo ideológico sino también el pluralismo de culturas, tradiciones y pueblos y que valore la riqueza que eso comporta.

– Un orden mundial fraterno, donde las sociedades y los pueblos valoren en términos de igualdad la aportación de las mujeres, y se vaya superando el pa-

triarcalismo presente en las diversas culturas.

Todo esto comporta una gran responsabilidad que exige llevar a cabo un nuevo paradigma de entendimiento, de cooperación y de integración política, económica y cultural. Y por ello es tan importante poner las bases de una nueva arquitectura mundial, capaz de gobernar la globalización teniendo en cuenta todos estos criterios¹⁵.

2.3. Globalizar la democracia para gobernar la globalización

La construcción de una globalización alternativa sólo será posible con una nueva arquitectura política de gobierno de la globalización, que impulse una gobernabilidad mundial justa y eficaz¹⁶.

De lo que se trata, en definitiva, es de globalizar la democracia porque no podemos vivirla sólo “de puertas hacia adentro”, si el mundo no está estructurado ni regido democráticamente. Tendríamos que construir un sistema de gobernación glocal¹⁷, concepto nuevo que se ha puesto de moda para hacer referencia a un sistema donde aquello que es global y aquello que es local no resulta excluyente, sino que más bien son dos caras de la misma moneda¹⁸. Ahora bien, esta nueva gobernación tampoco debe ser una mera liga o coalición de estados, sino un verdadero poder de alcance mundial que, si es democrático, debe ser al mismo tiempo descentralizado y permeable a lo que es particular.

3. LA APORTACIÓN DE LAS TRADICIONES RELIGIOSAS

Afrontar los retos que tenemos planteados como humanidad hace necesaria la colaboración de todos, sin excepciones. Si somos parte del problema, también somos parte de la solución; esto debemos tenerlo claro. Una realidad tan compleja como la nuestra necesita buscar soluciones que no pueden ser fáciles sino muy complejas. Una parte sustancial de esta complejidad viene dada por las diferentes visiones de la misma realidad: nuestro mundo es multicultural, con seres humanos y pueblos con raíces, creencias y paradigmas diferentes. Ante el miedo y la inseguridad que causa esta diversidad, necesitamos ser conscientes que la diversidad cultural es la única garantía de libertad. Debemos recordar que «no es la libertad lo que asegura la diversidad, sino que es la diversidad lo que hace que la libertad esté llena de verdad.»¹⁹

3.1. ¿Por qué hay que contar con las religiones?

¡Las religiones tienen mala prensa! Hablamos a menudo de culturas, pero cuando de lo que se trata es de hablar de religiones lo evitamos, especialmente cuando tenemos que hablar de su proyección pública. Hay quién piensa que la identidad religiosa es una amenaza para la convivencia y la libertad y es evidente que existe un fanatismo religioso

—no ajeno, por otra parte, a ninguna de las tradiciones²⁰— que se muestra claramente incompatible con planteamientos democráticos. Pero constatarlo no nos debe hacer pasar por alto la importancia de las religiones: son aún una de las formas de identidad cultural más potentes en el mundo y de las más capaces de movilizar a las sociedades. Sólo por ello, se merecen que les prestemos atención. El peligro de caer en el fanatismo

religioso no tendría que ser obstáculo para valorar el papel positivo de las tradiciones religiosas en la cohesión social, así como la posibilidad de ser, en según que contextos, verdaderos agentes de cambio social, al ayudar a hacer emerger una cultura del disenso, tan importante para transformar la realidad.

Culturas y religiones, además, no son realidades aisladas e independientes. En toda sociedad humana se da una interrelación entre elementos culturales y religiosos. «Cada cultura es en sí misma un universo, el cuál, sin embargo, no está cerrado. Las culturas proporcionan a las religiones su lenguaje y las religiones ofrecen a cada cultura su significado esencial», nos dice la UNESCO²¹, y añade: «la paz no será posible si no reconocemos el pluralismo y respetamos la diversidad».

Por ello, podemos decir que las religiones son fenómenos socioculturales. Todas las culturas poseen unos comportamientos religiosos, que son como el alma de cada una de ellas. El hecho religioso es algo que incumbe a todos los miembros de un grupo o de una comunidad, independientemente que sean creyentes o no. Y esto es así porque las religiones forman parte de las culturas y las civilizaciones, siendo el hecho religioso algo inherente a las formas de pensamiento y a los comportamientos y prácticas del ser humano.

La religión es un fenómeno cultural que proporciona al grupo humano unas pautas mentales, unos valores, unas actitudes y unos comportamientos; es un hecho social que surge como exteriorización del proceso, mental y vital, colectivo, del grupo. En este sentido po-

demus decir que las tradiciones religiosas forman parte de las estructuras sociales que cada grupo humano va creando. Desde esta perspectiva, las religiones se tienen que entender, pues, como construcción social, y de ahí su trascendencia pública, no sólo interior o de conciencia.

Es obvio, pues, que no podemos pasar por alto el hecho religioso y su concreción en las diferentes tradiciones. Por ello, cuando defendemos la diversidad cultural debemos defender también, sin reservas, la libertad de creer en el hecho religioso (o de no creer en él). Sólo si lo hacemos así, aseguraremos de verdad la convivencia, imprescindible para ser libres, la cohesión social o el ideal de igualdad y, consecuentemente, la paz.

3.2. Necesitamos una perspectiva espiritual

Asimismo, tenemos que tener en cuenta que los foros económicos y sociales mundiales representan visiones importantes en orden a construir un mundo más justo²². Para solucionar los problemas que tiene planteados la humanidad, urge también trabajar desde una perspectiva espiritual, basada en el amor *ágape*, a fondo perdido, y en la compasión universal. Es la percepción de la unidad de todas las cosas y la sacralidad que impregna la existencia lo que nos puede aportar la fuerza necesaria para tener éxito en nuestro propósito de construir otro mundo, edificado sobre otras bases.

Las religiones no pueden resolver por sí mismas los problemas ecológicos,

económicos, políticos y sociales de nuestro mundo, pero sí que pueden conseguir lo que sólo con planteamientos económicos, políticos y sociales no se puede conseguir: un cambio de mentalidad, una *metanoia*, una transformación del corazón humano mediante la conversión a una nueva actitud vital que pueda concretarse en nuevos estilos de vida. Debemos pensar en las relaciones humanas también desde la dimensión religiosa.

De lo que se trata es de crear una masa crítica que permita establecer nuevos paradigmas. Es necesario hacer emerger la conciencia colectiva de la responsabilidad individual y sustituir el egoísmo por el altruismo, la competitividad extrema por la cooperación, el individualismo por la solidaridad, el consumismo por la sencillez, el tener por el ser, el materialismo por la espiritualidad.

3.3. Un Dios de todos y de nadie

Aunque las tradiciones religiosas se expresen mediante la sabiduría, el amor, la compasión y la vida de piedad, no son inmunes a la locura, al pecado, a la maldad. Las instituciones y tradiciones religiosas han apoyado y apoyan a veces sistemas de opresión y exclusión, o han funcionado y funcionan como tales en su interior. Pero a la hora de construir una convivencia más humana, podríamos señalar que las religiones son las entrañas trascendentes de las culturas y, como trascendentes, tienen la posibilidad de ir más allá de la pertenencia, pues afectan al sentido mismo de la vida. La religión nos ayudará a convivir y afrontar los nuevos retos con la condición de que:

a) La religión se viva como experiencia, en términos de espiritualidad más que en términos de moral heterónoma²³, a pesar de que la actuación hacia los otros, el comportamiento ético, se convierte en el test de calidad de la propia vivencia. Las diferentes tradiciones religiosas constituyen propiamente una de las matrices del comportamiento ético, el núcleo de creencias, disposiciones, actitudes, que dan unidad, identidad, sentido a las personas en su relación con los otros, con la realidad y con Dios mismo. Las tradiciones religiosas son altamente valiosas en la formación de una ciudadanía implicada en el quehacer social, pero para que eso sea así, deben vivirse en profundidad. Sólo así podrán dar lugar a éticas autónomas.

b) No se caiga en la tentación de apropiarse del Absoluto, buscado por todas las religiones, lo cual las pervierte, haciendo que su vocación universalista esté permanentemente amenazada de convertirse en totalitarismo. Entonces, en lugar de ofrecer las religiones como oportunidad para todo el mundo, éstas se convierten en dominio sobre los otros. Se transforman así en ídolos que recluyen y bloquean el dinamismo de la experiencia personal, en lugar de actuar como iconos del Misterio, que remiten siempre más allá y abren al ser humano a una realidad que siempre está por develar, nunca poseída, sino más bien por la que debe dejarse poseer²⁴.

3.4. Religar, releer

La palabra religión proviene de dos posibles fuentes y ambas hacen referencia clara no sólo a una experiencia interior,

sino también a la relación del individuo con el grupo humano²⁵. Proviene de:

– *Religare*: religar, que quiere decir crear vínculos, establecer vínculos; en primer lugar con lo que llamamos Dios, Realidad Última o Trascendente; en segundo lugar, entre los seres humanos, y en tercer lugar con el mundo y la naturaleza. Y en este sentido, cada religión integra creencias (en relación con Dios), códigos de comportamiento o vertiente ética (en relación con el grupo humano) y ritos (que ponen en relación con el mundo y la naturaleza).

– *Relegere*: releer, interpretar el Misterio de Dios, el sentido de la vida y de la muerte, el sentido de la existencia de cada cual, el porqué del mal, etc. Hacen inteligible y asumible a escala humana el Misterio a pesar de que no pueden –de ninguna manera– alcanzarlo, pues siempre queda más allá de toda interpretación. Y éste releer el Misterio nos hace percatar del nexo profundo con un mismo y con los otros, la naturaleza y el cosmos entero.

Las tradiciones religiosas son caminos diversos para propiciar la experiencia de Dios y, vividas a fondo, como experiencia, tienen en común la transformación espiritual de las personas y su capacidad de generar *santidad*. Juegan un importante papel en la cohesión de las sociedades y no a partir de unos mínimos sino a partir de unos máximos dinámicos, siempre y cuando lleve consigo la experiencia de un Absoluto inmanipulable, inaprehensible. Todas ellas contemplan al ser humano como valor absoluto y abren al Misterio: hacen experimentar el carác-

ter sagrado de la vida y la gratuidad de saberse don a entregarse gratuitamente. En este sentido, pues, ayudan a tejer una realidad no dual, en la cual hay una conexión misteriosa de todo con todos, porque hay un soporte básico que nos impulsa a la comunión desde la diversidad. Y también trabajan por la liberación y el descentramiento del yo, conduciendo a una empatía con el otro: la experiencia religiosa si es auténtica, nunca es individualista, sino relacional.

Por ello, las diferentes tradiciones religiosas pueden favorecer hoy la revisión del proceso globalizador para que sea favorable a todo ser humano, nos ayudan a caminar hacia el territorio de lo que es colectivo, donde se inicia realmente la humanización. En su núcleo experiencial está el descubrirse en comunión con esta Realidad que nos desborda y que a la vez es inmanente a nosotros, realidad que nos da sentido y nos posibilita realmente ser. Las religiones pueden, pues, facilitarnos el vivir la dialéctica entre unidad y diversidad, globalidad e identidad.

3.5. Repensar la laicidad

En el mundo de la globalización, en sociedades cada vez más multiculturales y, por lo tanto, con más pluralidad religiosa, todo este pluralismo cosmovisional empuja a las sociedades democráticas a entrar inexorablemente en la lógica del pluralismo no sólo ideológico sino también cultural. Y en este contexto, el ideal laico ya no puede ser la neutralidad ni la indiferencia, sino el reconocimiento de las tradiciones religiosas como sabidurías que, enrique-

ciéndose unas con otras, hacen emerger lo que es verdaderamente humano.

Por ello, ante un laicismo que quiere reducir la religión a un sentimiento íntimo y privado de las personas y que intenta esconder su dimensión social, debe proclamarse la necesidad de normalizar el hecho religioso, asumiendo su existencia y el carácter público de su proyección. En este sentido, es preciso tener clara la distinción entre la religiosidad, entendida como encuentro personal con Dios, y la religión, entendida como un hecho comunitario. Tenemos planteado el reto de vivir la laicidad en el interior del pluralismo cultural, y repensarla como laicidad intercultural, lo que lleva a recrear la forma de presencia pública del hecho religioso²⁶.

Dentro de un perfecto juego democrático, las tradiciones religiosas pueden ayudar a la promoción de valores en la sociedad civil y también en las estructuras políticas. Las religiones son factores importantes en la construcción de la vida social y pueden aportar su ayuda en la creación de una cultura cívica y en la formulación de una nueva moral pública dentro de los diferentes países. También pueden ser consideradas factores importantes para ayudar a una gobernabilidad mundial con justicia.

De un modo u otro, la religión da respuesta a las grandes cuestiones fundamentales del ser humano: las preguntas sobre el amor y el sufrimiento, la culpa y el perdón, la vida y la muerte. El ser humano aparece en el centro de todas las religiones y en todas ellas es enaltecido con una dignidad sin igual. Por ello podemos decir que las tradiciones religiosas han vehiculado la dignidad y

el respeto absoluto al ser humano. Debe hacerse justicia a las religiones, no desfigurarlas²⁷.

3.6. La propuesta de una ética mundial

Se hace cada vez más evidente la necesidad de gobernar toda esta complejidad creciente. Por ello, la importancia de organizar un espacio público transnacional que ayude a hacer viable la democratización de las relaciones internacionales y la construcción de unas bases sólidas para una gobernabilidad mundial. Espacio donde las principales tradiciones religiosas puedan mantener un diálogo fecundo entre ellas y con otros actores, sobre problemas comunes de la humanidad. Espacio público, en definitiva, con capacidad para influir en el proceso de toma de decisiones sobre cuestiones globales y donde se pueda generar una ética común. En un mundo tan complejo como el actual, todas las voces tienen que ser escuchadas; la toma de decisiones no puede quedar reducida a la representación de los gobiernos de los estados. Hoy más que nunca, es necesario ejercer la corresponsabilidad entre todos los actores de la escena mundial. En este sentido, debemos tener presente:

3.6.1. La necesidad de unos estándares éticos mínimos a nivel planetario

Acuerdo sobre unos estándares éticos mínimos que ayuden a orientar y regular nuestras relaciones interpersonales y las relaciones a nivel planetario entre pueblos y culturas. Sin estos estándares mínimos, la gobernación de la globali-

zación para que vayan llegando los beneficios a todo el mundo no es más que pura entelequia.

Llegados a este punto de nuestra exposición es obligado hablar del trabajo que ya desde hace tiempo están realizando diferentes colectivos de diversa procedencia y que van en esta dirección. Mención especial merece la labor realizada por el teólogo Hans Küng, que parte de la siguiente base:

– No puede haber paz entre las naciones sin paz entre las religiones.

– No puede haber paz entre las religiones sin diálogo entre las religiones.

– No puede haber diálogo entre las religiones sin unas normas éticas universales.

– No puede haber supervivencia para nuestro planeta sin una ética de carácter universal, mundial²⁸.

En 1993, en el II Parlamento de las Religiones del Mundo celebrado en Chicago, salió a la luz pública la *Declaración hacia una ética mundial*, el autor de la cual fue precisamente Hans Küng²⁹, donde se formuló un catálogo de normas éticas universales, basado en los preceptos básicos de las grandes religiones y sistemas éticos no religiosos. Ante la complejidad de los retos a afrontar y la necesidad de hacer efectiva la corresponsabilidad desde los diferentes frentes, la *Declaración* parte del hecho que de la capacidad de movilización y motivación de las religiones puede emerger una gran esperanza para el mundo, a partir de una cooperación mundial de todas ellas, que se concrete en criterios que constituyan la base de una “ética mundial”. Precisamente estos

criterios de comportamiento humano presentes en las diferentes tradiciones religiosas son lo que daría la cohesión necesaria y uniría a todos los pueblos y culturas para afrontar nuevos retos planetarios y, a la vez, la condición de posibilidad de un orden mundial perdurable en el tiempo.

Así, Hans Küng transforma la Religión, o de forma más precisa, el indispensable diálogo interreligioso en un *ethos* universal que no quiere decir, en cambio, una ética uniforme para todos. Cuando habla de ética mundial se refiere a un consenso social básico en relación con determinados valores, derechos y deberes fundamentales; consenso que debe ser compartido por todos los grupos sociales, por creyentes y no creyentes, por los miembros de las diferentes naciones, religiones, filosofías y concepciones del mundo. En otras palabras, este consenso social, que un sistema democrático no tiene que imponer sino presuponer, no consiste en un sistema ético común, sino en una actitud ética común, o sea, un *ethos* –manera de comportarse– de la humanidad, que no es una nueva ideología o superestructura, sino que enlaza entre sí los recursos religioso-filosóficos comunes ya existentes de la humanidad, sin imponerlos por ley desde fuera sino interiorizándolos de manera consciente.

3.6.2. *Dos principios y cuatro normas*

No sólo el Parlamento de las Religiones del Mundo, sino también la ONU, ha asumido ya como principios fundamentales, como base para una ética mundial, que:

– *Todo ser humano debe ser tratado de manera humana*: debe respetarse la vida y la dignidad humana, la individualidad y la diferencia.

– *Lo que no quieres que te hagan los otros, no se lo hagas tú a ellos*. Todos somos responsables de lo que realizamos, de todas nuestras decisiones, actuaciones y negligencias, porque todas ellas tienen sus consecuencias.

Estos dos principios tienen que constituir una norma inamovible e incondicional para todos, familia, agrupaciones sociales, toda clase de razas, naciones y religiones. Y sobre esta base, deben garantizarse cuatro normas indiscutibles:

– El compromiso en favor de una cultura de la no violencia y del respeto a toda vida («no matarás»).

– El compromiso en favor de una cultura de la solidaridad y de un orden económico justo («no robarás»).

– El compromiso en favor de una cultura de la tolerancia y de una vida veraz y un estilo de vida honrado («no mentirás»).

– El compromiso en favor de una cultura de igualdad, de compañerismo entre hombre y mujer («no cometerás adulterio»).

3.6.3. Las insuficiencias de un consenso sobre los mínimos para afrontar los retos que tenemos planteados como humanidad

Estos mínimos éticos, comentados en el punto anterior, se hacen necesarios para poder legislar sobre problemas que afectan a toda la humanidad y para go-

bernar la complejidad de la globalización. Porque éstos irrenunciables éticos nos remiten a la necesidad de una autoridad mundial que vele por su cumplimiento.

Pero el problema que presenta toda ética de mínimos, también mundial, surge ésta del consenso social básico aportado por las tradiciones religiosas, es determinar la manera de llegar a definir estos mínimos de manera que puedan ser aceptados por todas las culturas y sistemas éticos. La base participativa para elaborar este consenso se convierte, así, en un elemento clave.

Es evidente que cuanto más amplia sea la participación, más legitimación tendrá la propuesta. Pero, al mismo tiempo, si es muy amplia, más difícil será el consenso. Entonces, el resultado será siempre de contenidos excesivamente genéricos, abstractos, con la finalidad de incluir todas las sensibilidades³⁰. En el momento de concretarse posteriormente en legislación, podrá ser interpretada de diversas maneras, según los parámetros culturales en juego: o bien se decantará por una legislación que sea adecuada a los planteamientos de un determinado grupo, país, nación, civilización, según la correlación de fuerzas presente en la gobernación del escenario mundial; o bien el consenso a que se podrá llegar para el texto legislativo concreto será tan mínimo que resulte insuficiente y poco operativo para hacer frente a los retos que tenemos como humanidad. Por otra parte, en la obtención del consenso se plantea también la cuestión de las condiciones de igualdad entre los interlocutores, cuestión ésta imposible

de conseguir en un mundo tan desigual³¹.

Otro punto débil es que una ética mínima puede dar lugar a una mentalidad de mínimos, normativista, cuando lo que se necesita hoy es poder ir, de forma voluntaria, más allá de los mínimos, porque sólo con el cumplimiento de estos no basta para solucionar muchas de las problemáticas actuales. En realidad, incluso para que estos mínimos lleguen a cumplirse, es necesario que los individuos vivan personalmente éticas de máximos.

3.7. Apostar por la diversidad en torno a grandes problemáticas

De forma paralela y complementaria a la ética de mínimos, debe propiciarse que ante una problemática común que afecta a toda la humanidad se pueda aprovechar todo el potencial que las diferentes tradiciones religiosas y culturales llevan dentro. Se trataría de actuar no tanto pensando en aquello que las une a todas, como operando desde la diversidad que las diferencia.

Es evidente que hay valores y prácticas que no son traducibles a una singularidad global pero que pueden ser vividos de forma sinérgica, en función de la participación en la solución de problemas comunes. Vigilando de no propiciar la hegemonía global de algún modelo o visión de la realidad, para no caer en el etnocentrismo.

Debería llevarse a cabo, pues, un intento multidimensional y global de complementariedad entre la unidad (ética de mínimos común) y la diversidad (aspectos diferenciales de cada tradi-

ción). Sería ésta una forma de liberar toda la energía creativa y transformadora que contienen las diferentes tradiciones religiosas –y también las diferentes culturas en su globalidad– para que la pudiesen invertir en la búsqueda de maneras de afrontar los nuevos retos.

3.8. ¿Cuál puede ser la contribución de las religiones a la gobernabilidad mundial?

Teniendo en cuenta que nuestra sociedad y nuestro mundo no pueden cambiar hacia mejor si antes no cambiamos la mentalidad de los individuos, y que las tradiciones religiosas están en una situación privilegiada para que esto pueda convertirse en una realidad, podemos apuntar, sin ánimo de ser exhaustivos, cuál puede ser la aportación religiosa al convivir en sociedad. Así, las tradiciones religiosas pueden ayudar a:

3.8.1. Educar en las actitudes éticas democráticas fundamentales

Las religiones pueden contribuir de forma eficaz a construir una cultura cívica y democrática. La construcción de una sociedad democrática tiene mucho que ver con “tener cuidado” de la recuperación del concepto de *bien común*, con todo cuanto comporta y con prestar atención a las necesidades de los otros, a las necesidades reales de los conciudadanos³². Pensemos, por ejemplo, en el trabajo de purificación interior, de autocontrol, disciplina y descentramiento de uno mismo que las tradiciones religiosas hacen con los seres humanos, y que los capacita por “estar presentes” en la realidad, o sea, para estar de forma ac-

tiva donde cada cual está, para vivir el aquí y el ahora del presente con intensidad. Mención especial nos merece algo tan importante como la educación de la mirada, uno de los frutos de la vivencia religiosa.

Esta capacidad de atención es una categoría religiosa que está especialmente presente en el budismo zen y en el cristianismo. La educación de la mirada favorece la puesta en marcha, por parte de los dirigentes políticos, de una nueva política más sensible al bien común, que ponga en primer lugar al ser humano y esté a su servicio, y que también ayude a luchar contra la no-implicación política y social y la baja capacidad de convivencia, otro mal de nuestro mundo.

Las tradiciones religiosas también pueden hacer su aportación específica ante la necesidad de pasar de una libertad individualista a una libertad que, por amor, se hace responsable. El sujeto moral –individual o colectivo– sólo puede construirse en el encuentro con el otro y, por ello, podemos afirmar que la ética, lugar de encuentro de un yo con un tú, es el fundamento de la libertad que se hace responsabilidad³³.

3.8.2. Educar en el consumo responsable

Asimismo, podemos constatar que sin tener cuidado de la “mirada”, sin “educar” la atención, es imposible superar la mayor forma de “distracción” colectiva en la civilización occidental: el hecho de centrarse en el consumismo y en el dinero. Debemos evitar el predominio de las relaciones comerciales en las acciones sociales, predominio cosificador de

la realidad, al reducir a mero objeto o mercancía todo aquello que es humano, y que ha penetrado en todas las esferas de la vida³⁴.

El sistema de valores consumista se centra, pues, en el poseer, el gozar, el ganar, el alcanzar el éxito, el aparentar ante los otros para no ser menos que ellos, y todo ello nos introduce en la sociedad de la simulación y la ostentación, alimentada por los medios de comunicación que pervierten el deseo y convierten la necesaria autonomía personal en aceptación ciega de opiniones extrañas (vivir al dictado de la moda)³⁵. Es precisamente detrás del estímulo del consumo donde se juega el modelo de vida y de persona.

El deseo de tener genera una actitud cognoscitiva, ya que la realidad es vista bajo el punto de vista del interés posesivo. Todo es contemplado como un objeto que se puede poseer y todo queda referido a la utilidad y el interés. Por ello no tiene nada de extraño que el sujeto consumista sea un sujeto explotador y expoliador de la naturaleza y de los otros, individuos, naciones o colectivos, al desconocer el valor del otro en sí mismo y sólo verlo a partir de la utilidad o satisfacción que le puede proporcionar³⁶. Ante esta exacerbación del individualismo egocéntrico, las tradiciones religiosas pueden aportar su sabiduría en la contención del deseo y en una mayor sobriedad de vida.

3.8.3. Favorecer el diálogo a todos niveles

Las religiones nos capacitan para el diálogo y la escucha, cuestión básica si queremos alcanzar un consenso funda-

mental a partir de valores comunes, opiniones y normas reconocidas por todos los seres humanos en el seno de sus respectivas tradiciones culturales y religiosas. Por ello resulta cada vez más indispensable y urgente la creación de espacios nacionales y también transnacionales donde la diversidad cultural y religiosa pueda dialogar para llegar a este consenso.

El diálogo hay que propiciarlo a todos niveles, a nivel cultural y también a nivel interreligioso, entre las diferentes tradiciones religiosas y entre éstas y las tradiciones laicas³⁷. En este sentido, debe tenerse presente que para poder hablar colectivamente y con autoridad moral, las tradiciones religiosas tienen que saber discernir sus valores comunes. Este mundo único necesita un talante fundamental, pero al ser tan plural, ciertamente lo que no necesita es una religión o un ideal unitario, uniforme para todos, ya que sería una pérdida de riqueza y potencialidades.

3.9. Los dos grandes ámbitos de aportación de las tradiciones religiosas

3.9.1. La construcción de una cultura del tener cuidado y del respeto hacia el ser humano y su hábitat natural

Las tradiciones religiosas pueden realizar valiosas aportaciones en la construcción de una cultura del tener cuidado y del respeto hacia el ser humano y de su hábitat natural; ya que puede capacitar a los seres humanos de autodomínio y de descentramiento, dos actitudes básicas en la construcción de una ética de la justa medida entre el exceso

consumista del Norte y la extrema pobreza del Sur³⁸. En este sentido también es necesario subrayar las aportaciones de las corrientes del llamado *decrecimiento*. Éstas niegan que la justicia social se pueda alcanzar con una economía basada en el crecimiento exponencial y la desmesura. No se trata, pues, ni de un estado estacionario ni de un planteamiento regresivo, sino de un verdadero nuevo paradigma de postdesarrollo, al constituir una crítica radical al “desarrollismo”³⁹.

La crisis ecológica que estamos padeciendo puede ser ocasión propicia para hacer el aprendizaje en el vivir de otra manera, recuperando esta justa medida que reclama también la *Carta de la Tierra*, declaración de principios éticos fundamentales y principios prácticos, que tiene por objetivo convertirse en código universal de conducta para guiar a las personas y a las naciones hacia un desarrollo sostenible⁴⁰.

La propia globalización nos ha hecho tomar una renovada conciencia de que formamos parte de una misma especie que comparte, por otra parte, una misma biosfera. Y aquí se pone en juego otro aspecto importante que las religiones pueden ayudar a desarrollar: el cuidar; cuidar del ser humano y del ecosistema para evitar el exceso de consumo y la destrucción del entorno. La crisis social que padecemos está íntimamente ligada a la crisis ecológica, ya que ambas dañan a nuestra casa común, la Tierra, abren la puerta a la destrucción de los ecosistemas y hacen imposible la convivencia. Ambas tienen una misma raíz: «la crisis de la sensibilidad y de la mirada de los humanos»⁴¹.

Es del diálogo entre las diferentes tradiciones culturales y religiosas de donde puede provenir el antídoto contra el ansia devorador de la civilización occidental. Oriente tiene mucho que decirnos y que enseñarnos en este aspecto de cuidar y respetar toda la Creación y en el control de las necesidades superfluas. No tenemos que olvidar que las tradiciones religiosas orientales (hinduismo, budismo, y también religiones indígenas) ponen el acento en la armonía del ser humano y la naturaleza, mientras que las religiones de tradición semítica (judaísmo, cristianismo e islam) lo ponen en el ser humano y tienden a imponer su control sobre la naturaleza. Las religiones y culturas orientales tienen una visión más holística y equiparan al ser humano con el resto de seres vivos, acentuando la armonía y el equilibrio.

Si hacer política es tener cuidado del pueblo y de sus necesidades y realizar esto es hacer justicia⁴², podemos comprender la importancia y el papel de las mujeres en esta construcción de nuevos paradigmas, así como las sensibilidades que tiene que incorporar una nueva manera de hacer política. Éste cuidar femenino entronca perfectamente con la compasión tan típica de las tradiciones religiosas orientales, pero también con el Dios compasivo y benigno, con entrañas de misericordia de quién habla el Antiguo Testamento, y con la manera de ser y hacer de Jesús de Nazaret.

La humanidad tiene que aliarse para cuidar de la Tierra y unos de los otros. Lo que puede hacer viable esta alianza es precisamente la sostenibilidad, o sea, tener un comportamiento benévolo, res-

petuoso y no agresivo hacia la naturaleza que «nos permite regenerar lo devastado y atender celosamente lo que aún queda de la naturaleza, de la cual formamos parte y con la que compartimos un destino común»⁴³.

3.9.2. La construcción de una cultura de la paz

En un mundo tan lleno de violencia, nos urge dar pasos hacia una cultura de la no violencia activa, capaz de transformar las estructuras generadoras de violencia. En este ámbito también las tradiciones religiosas pueden aportar su valiosa sabiduría, porque para superar la violencia es preciso ir al corazón del ser humano para pacificarlo y que así se vuelva pacificador en las relaciones interpersonales y sociales. El cultivo de la espiritualidad es fuente de personas con libertad interior, algo imprescindible si queremos asumir actitudes de no-violencia activa, que implican un importante trabajo anterior.

La solución de los problemas de la humanidad y del planeta pasa por propiciar y privilegiar la fraternidad, íntimamente relacionada con la paz. Por ello la importancia de una experiencia espiritual arraigada en los mensajes de fraternidad de todas las tradiciones religiosas, símbolo de la unión donde estamos convocados por Aquél que es la Fuente de toda Vida. En este sentido, la religión expresa algunos de los más profundos sentimientos y sensibilidades de los individuos y de las comunidades; ahora bien, al mismo tiempo es portadora de una profunda memoria histórica y a menudo apela a solidaridades confesionales sin sentido crítico. Las re-

laciones entre las tradiciones religiosas y el diálogo interreligioso tienen por objeto evitar este mal uso de la religión y dar oportunidades a los creyentes de ser agentes de curación y reconciliación. El anhelo de paz es un componente muy importante en la dimensión espiritual en todas las tradiciones religiosas.

El fomento de una cultura de la paz está estrechamente enlazado con la apuesta por la solidaridad, tan necesaria en un mundo dividido, desigual y fragmentado como el de hoy y en el marco

de una globalización tan asimétrica. Asimismo, también tiene que ver con la construcción de puentes que derriben los muros de nuestras culturas y de nuestras tradiciones y hacerlas, así, más permeables, ya que todos somos vecinos en una aldea global y tenemos que convivir pacíficamente si queremos salir adelante como humanidad. Por ello es preciso recorrer el camino del miedo hacia la confianza. Porque el miedo es un mal aliado y genera afirmaciones identitarias que excluyen a los de fuera.

El diálogo entre las diferentes tradiciones religiosas y también con las tradiciones laicas se nos muestra hoy necesario y urgente para romper estereotipos y para no criminalizar al desconocido. Las migraciones económicas han hecho y están haciendo que muchas personas de diferentes religiones convivan en la sociedad y esto, en lugar de ser visto como un problema, puede ser vivido como una oportunidad para promover un conocimiento más profundo de las otras religiones, que redundará en beneficio de la profundización en la propia. La humanidad tiene que aprender a vivir identidades relacionales en lugar de cerrarse en identidades aisladas. Por otra parte, es más importante que nunca esforzarse a nivel mundial para impedir la polarización entre comunidades religiosas. El compromiso interreligioso en los conflictos puede ser una contribución esencial a la construcción de la paz y a la reconciliación allí donde haya estallado el conflicto. Construir la paz con justicia tiene que convertirse en una estrategia mundial por parte de todo el mundo, porque el destino de unos es el destino de todos.

Las tradiciones religiosas pueden interpelarse, enriquecerse, fecundarse mutuamente, ayudarse a caminar desde los últimos y con los últimos, desde la austeridad solidaria capaz de contener los deseos posesivos del ser humano, haciendo posible, así, la construcción de una tierra de todos. Los encuentros con otras tradiciones ayudan a tomar conciencia del significado de una humanidad común “ante Dios”, compañeros todos en la investigación de la plenitud de la Verdad.

1. Ricardo PETRELLA, «La desposesión del Estado», *Le Monde Diplomatique*, 29-IX-1999.
2. Andreu MARQUÉS, *Contribución a una crítica filosófica del economicismo*, Lección inaugural del curso académico 2000-2001, Barcelona, Facultad de Teología de Catalunya, 2000, pág. 53.
3. M. Dolors OLLER I SALA, *Un futuro para la democracia. Una democracia para la gobernabilidad mundial*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, 2002, Quadern 115. También, Gurutz JÁUREGUI, *La democracia planetaria*, Oviedo, Ediciones Nobel, 2000, pág. 60.
4. Integrada por ONGs de gran importancia, desde Greenpeace, Amnistía Internacional o Intermón-Oxfam a, por ejemplo, World Wild Life-ADENA. También forman parte de la sociedad civil mundial las nuevas élites ilustradas internacionales, integradas por políticos, funcionarios civiles, empresarios, ejecutivos, expertos, etc., que se mueven en el marco de organismos intergubernamentales.
5. Es un escándalo que 225 personas posean una riqueza superior a los recursos económicos anuales de 2.600 millones de seres humanos de los países pobres. O el hecho que la fortuna de sólo tres personas supere el PIB de los 48 países más pobres del mundo, donde viven 600 millones de personas.
6. Todo parece indicar que los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) –erradicar la pobreza extrema y el hambre; conseguir la educación primaria universal; promover la igualdad entre géneros y la autonomía de la mujer; reducir la mortalidad infantil; mejorar la salud materna; combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades; garantizar la sostenibilidad del medio ambiente; fomentar una Asociación Mundial por el Desarrollo– a la cual se comprometieron los 191 estados miembros de las Naciones Unidas, así como las instituciones de desarrollo más importantes del mundo, en la Asamblea General que se celebró el septiembre del 2000, no se podrán conseguir para la fecha prevista, el 2015, de seguir la tendencia actual. El último Informe sobre Desarrollo Humano (PNUD 2006) señala que 1.200 millones de personas viven en el mundo con menos de un dólar diario.
7. La hegemonía de las políticas neoliberales ha hecho que, en el terreno ideológico, se consi-

- dere hoy, como única posibilidad realista, aquello que defienden dichas políticas, imponiéndose de esta manera el llamado pensamiento único que justifica el statu quo y refuerza, de hecho, a las grandes empresas transnacionales Ver, al respecto, M. Dolors OLLER I SALA, «Democracia: presente oscuro, futuro posible», en José SOLS y otros, *Aldea global, justicia parcial*, Barcelona, Centre d'Estudis Cristianisme i Justícia, 2003; también, de la misma autora, *Un futuro para la democracia...*
8. La economía global, que depende en última instancia de los mercados financieros, ha provocado graves crisis en importantes zonas del planeta (México, 1994; Indonesia, 1977), hecho que plantea la urgente necesidad de regular el capitalismo global, a fin de poner los mercados financieros al servicio del crecimiento económico de los países del Sur.
 9. Ver Joseph E. STIGLITZ, *El malestar en la globalización*, Madrid, Taurus, 2002; y también Toni COMÍN, *Autoridad mundial para un liderazgo planetario*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, 2005, Quadern 134.
 10. A principios de febrero, se ha presentado el Informe de Evaluación del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC) creado por las Naciones Unidas. Los expertos, corroborando anteriores estudios, certifican la amenaza que cae sobre el planeta debido a un cambio climático que es ya irreversible y que en buena parte es causa del hombre.
 11. En los últimos años, el ecologismo de los pobres, surgido en numerosos países del Sur en torno a conflictos relacionados con la comunicación y el suministro de agua, la defensa de bosques, selvas y ríos ante la penetración de las grandes transnacionales del petróleo, gas, minería, madera, etc., ha convertido la reclamación de dicha deuda en una propuesta central de los Movimientos de justicia global.
 12. Ver al respecto, M. Dolors OLLER I SALA, «Identidades colectivas e idolatría: la absolutización de lo que nos hace ser», en José Ignacio GONZÁLEZ FAUS y otros, *Idolatrías de Occidente*, Barcelona, Centre d'Estudis Cristianisme i Justícia, 2004.
 13. Federico MAYOR ZARAGOZA y Jérôme BINDÉ, *Un mundo nuevo*, Barcelona, Centre Unesco de Catalunya, 2007, pág. 27 y ss.
 14. Los movimientos del Foro de Porto Alegre luchan por una globalización alternativa; consideran que el patrimonio común de la humanidad está constituido por un conjunto de bienes universales que de ningún modo pueden ser mercantilizados, privatizados. Esto nos recuerda el gravamen social que pesa sobre la propiedad según la Doctrina Social de la Iglesia, y que se fundamenta en la experiencia de que sólo Dios es el verdadero propietario de los bienes de este mundo, siendo nosotros sus administradores y teniendo que llegar éstos a toda la humanidad.
 15. Ver, entre otros, Arcadi OLIVERAS, *Otro mundo*, Barcelona, Angle, 2006, donde el autor considera que no sólo otro mundo es posible, sino también que es necesario ante las injusticias sociales y la degradación ambiental.
 16. Ver Gurutz JAUREGUI, *La democracia en la encrucijada*, Barcelona, Anagrama, 1994.
 17. Debemos, pues, conjugar los procesos y las experiencias locales –las de nuestro entorno– con los análisis y las incidencias globales.
 18. Así es como se podría poner freno al peligroso unilateralismo que se ha abierto paso a partir de la caída del Muro de Berlín, que consagra la fuerza de una potencia hegemónica, los EEUU, en un sistema claramente unipolar.
 19. Agustí COLOMINES I COMPANYYS, «Religiones y diversidad, una de las formas de identidad cultural más potentes del mundo», *Avui*.
 20. Todo lo que es humano, incluso lo más excelso, se puede pervertir. Por ello la necesidad de no absolutizar nada.
 21. *Declaración sobre el papel de la religión en la promoción de una cultura de la paz* (1994).
 22. Para las reformas urgentes y a la vez plausibles que se pueden hacer, ver, por ejemplo M. Dolors OLLER I SALA, «Por una gobernabilidad mundial con justicia», en *Repensar la Igualdad y la desigualdad social*, Valencia, Frontera pastoral misionera, oct-dic. 2005.
 23. Hoy podemos constatar que en las sociedades del Primer Mundo se valora la cuestión religiosa en términos más existenciales, más allá

- de las instituciones y los dogmas y esto, en este sentido, es esperanzador.
24. Xavier MELLONI, *Los ciegos y el elefante. El diálogo interreligioso*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, 2000, Quadern 97, pág. 6-8. Asimismo, puede consultarse OLLER, «Identidades colectivas...», pág. 104-105, 108-109.
 25. Hemos extraído la distinción de Xavier MELLONI, «El Diálogo Interreligioso» en *Investigación* (Barcelona), 33 (noviembre, 2004), Framenors Caputxins de Catalunya i Balears, pág. 10 y ss.
 26. Hoy, la laicidad se encuentra en una encrucijada: o se transforma o no podrá afrontar los nuevos retos que se le presentan manteniendo el carácter emancipador originario que, de hecho, ha ido perdiendo a medida que el sistema socio-político y económico ha ido evolucionando. Debe, pues, repensarse como laicidad intercultural, concebida como una laicidad incluyente, patria común del pluralismo, que descubra que también la esfera política necesita una responsabilidad moral, que nace en el interior del corazón de cada persona y que para los creyentes tiene mucho que ver con el Trascendente. Hay que tener en cuenta, por ejemplo, que al privatizarse la fe cristiana se pervierte y pierde su capacidad de unir a las personas y de generar fraternidad.
 27. En este sentido, los fundamentalismos son una perversión de las religiones. En ellos, el ser humano es considerado como un instrumento, no una finalidad en sí mismo.
 28. Hans KÜNG, *Proyecto de una ética mundial*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 2004, pág. 9.
 29. La *Declaración* fue preparada en Tubinga y fue presentada en Chicago por un comité de redacción del “Consejo” del *Parlamento de las religiones del mundo*. Allí se le añadió una introducción elaborada a partir de la *Declaración*, a fin de ofrecer un breve resumen para darla a conocer (<http://www.audir.org>); también, Hans KÜNG, Karl-Josef KUSCHEL (ed.), *Declaración del Parlamento de las Religiones del mundo*, Barcelona, Trotta, 1994.
 30. Al contrario, si participan pocos en el consenso, el diálogo será más fácil y también lo será el ponerse de acuerdo, pero los acuerdos a que se llegue serán siempre parciales, porque responderán sólo al pensamiento de determinados grupos culturales.
 31. Sobre la necesidad de una ética común o mínima de carácter global y sus puntos débiles, ver, Joan CARRERA CARRERA, «Mundo global, ética global» en SOLS y otros, *Aldea global...*, pág. 146-152.
 32. Robert BELLAH, *The Good Society*, New York Vintage Books, 1992, pág. 254, citado por Pedro CODURAS, *Discípulos y ciudadanos*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, 1995, Quadern 68, pág. 4.
 33. Tal y como señala Paul Ricoeur, citado por Juan M. ARTADI, *Razón económica y razón ética*, Madrid-Santander, Cuadernos Fe y Secularidad, 1990, pág. 17.
 34. MARQUÉS, *Contribución*, pág. 26. Ver también, Juan CUETO, *La sociedad de consumo de masas*, Barcelona, Salvat, 1981.
 35. Podríamos decir que al ser humano se le considera “nacido para consumir” en “el gran almacén de la sociedad”; ver en este sentido, J. M^a MARDONES y Rafael AGUIRRE, «El hombre y la Sociedad de consumo ante el *juicio del Evangelio*», *Aquí y Ahora* (Santander), 1 (1989), Sal Terrae, pág. 9.
 36. Esta visión posesiva del mundo se convierte así en la manera “natural” de vivir y relacionarse en la sociedad consumista. Ver MARDONES y AGUIRRE, «El hombre...», pág. 9-11.
 37. El diálogo interreligioso tiene que adoptar diversas formas: así, diálogo de la vida, codo a codo, cooperando personas de diferentes religiones en una tarea común; diálogo entre las diferentes teologías, diálogo entre las diferentes experiencias religiosas...
 38. Ver, Ramón ALCOBERRO, «Leonardo Boff: Una Ecología de la Liberación para el tercer milenio», *USERDA* (Suplemento de *El Triangle*), marzo 2006.
 39. Ver en este sentido el artículo de Santiago VILANOVA, «Decrecimiento o caos», *Avui*, 9-XII-2006. Consultar también la www.unasolaterra.org.
 40. Los principios de la *Carta de la Tierra* reflejan consultas internacionales hechas durante

un largo periodo de tiempo, con aportaciones y debate de ONGs, grupos comunitarios, sociedades profesionales, expertos internacionales en diversos campos, etc. El texto comenzó a gestarse en la Cumbre de Río de Janeiro de 1992. Así, ha sido modelada tanto por expertos como por representantes de las comunidades de base. Contó con la participación de miles de individuos y centenares de

organizaciones de todo el mundo. Para consultar el texto, veáse www.cartadelatierra.org.

41. Ramon ALCOBERRO, «Leonardo Boff: Una Ecología...»; consultar www.alcoberro.info.
42. Leonardo BOFF, *¿Qué ética va a prevalecer?*, 13-X-2006, www.servicioskoinonia.org.
43. L. BOFF, «Carta de la Tierra ¿nuevo reencantamiento del mundo?», artículo enviado el 16-XII-2005, ver www.servicioskoinonia.org.